

Aunque trata de autores cronológicamente anteriores, el presente libro representa una continuidad natural del publicado en esta misma casa editorial en 2017, que cubría el período que va desde los sofistas y Sócrates hasta Aristóteles, pasando por Platón¹. En la presentación de esa obra se ofrece una caracterización del modo de aproximación a los autores, los textos y los problemas puesto en práctica en ella, que no necesita ser reiterada. La presente obra sigue los mismos lineamientos generales, ajustados a la diferente naturaleza de los autores considerados y el material textual disponible.

Con excepción de unos cuantos versos de Empédocles, conservados en dos papiros descubiertos en las últimas décadas, la totalidad del material textual disponible para el estudio de los filósofos presocráticos se conserva de modo indirecto, ya sea a través de citas probablemente textuales contenidas en obras de diversos escritores antiguos, llamadas habitualmente «fragmentos», o bien a través de informes, resúmenes y análisis críticos realizados por autores posteriores, llamados «testimonios». En ocasiones puede haber dudas incluso de si estamos ante un verdadero «fragmento» o bien ante un mero «testimonio», que contiene una versión interpretativa, la cual, a menudo, puede ser interesada. En 1879 H. Diels publicó sus *Doxographi Graeci*². Estos estudios de las fuentes para el conocimiento de los filósofos presocráticos sirvieron de base para la obra *Die Fragmente der Vorsokratiker*, publicada por primera vez en 1903 y completada en ediciones posteriores con la contribución de W. Kranz³. A pesar de que se han

1. Véase Vallejo Campos – Vigo (2017).

2. Véase Diels (1879).

3. Véase DK.

hecho otras ediciones y ordenaciones de los fragmentos, la compilación de Diels y Kranz sigue siendo imprescindible y es la que adoptamos como obra de referencia principal.

Estamos, pues, ante un material que procede de muy diversas fuentes. Hay fragmentos que derivan de Platón y Aristóteles, pero también de autores muy posteriores de la era cristiana, como Plutarco (siglo I-II), Clemente de Alejandría (siglo II), Sexto Empírico (siglo II-III), Diógenes Laercio (siglo III), Hipólito de Roma (siglo III), Eusebio de Cesarea (siglo III-IV) y Simplicio de Cilicia (siglo V-VI). Este último es, sin duda, una fuente importantísima, pero situada nada menos que a diez siglos de distancia. Por otro lado, una buena parte de la doxografía tiene como origen remoto la obra del discípulo de Aristóteles Teofrasto de Ereso (siglo IV-III a. C.), que escribió una recopilación titulada *Acerca de las opiniones de los físicos* (Περὶ τῶν φυσικῶν δοξῶν), hoy perdida casi por completo, con excepción de la parte correspondiente al tratado *Sobre los sentidos* (*De sensibus*). Esta fuente dio lugar a las posteriores colecciones de *placita* («opiniones») de las que dependemos, en buena medida, para la reconstrucción del pensamiento de los presocráticos. En las páginas que siguen aparecerá citado multitud de veces el nombre de Aecio, un autor de finales del siglo I o principios del siglo II d. C., que compiló la más famosa de estas colecciones de opiniones, conocida como *Placita* (*Opiniones*). Según Diels, lo hizo basándose en una obra anterior, a la que llamó *Vetusta Placita* (*Opiniones Antiguas*). J. Mansfeld y D. T. Runia prefieren decir ahora que Aecio se apoyó en «tradiciones doxográficas intermedias»⁴. Lo cierto es que su obra desapareció en su forma original, pero poseemos una reconstrucción realizada a partir de la tradición indirecta, en la que se conserva una buena parte de su contenido. A la obra de Aecio tuvieron acceso diversos autores de la Antigüedad. De ella dependen, en particular, un *Epítome* atribuido falsamente a Plutarco (siglo II d. C.), que contiene un resumen de las opiniones de los físicos, la *Antología* de Estobeo (siglo IV-V d. C.)⁵ y las informaciones transmitidas por Teodoreto (siglo V d. C.), que en su obra titulada *Graecarum affectionum curatio* (*Cura de las afecciones griegas*) menciona a Aecio y se refiere a su recopilación de opiniones. Sabemos, por lo demás, que el propio Aecio no siempre pudo utilizar fuentes de primera mano, pues tuvo que servirse, en mu-

4. Véase Mansfeld – Runia (2020) p. 1826.

5. Los dos primeros libros de la obra de Estobeo se conocen como *Extractos físicos, dialécticos y éticos*, y los libros tercero y cuarto como *Florilegium*.

chos casos, de información procedente de fuentes indirectas. Como es obvio, esta situación hermenéutica plantea exigencias muy peculiares, desde el punto de vista histórico-crítico. Esto explica, a su vez, algo que, desde cierto punto de vista, puede resultar decepcionante: el arsenal erudito que hay que poner en juego, para poder llevar a cabo un trabajo de interpretación metódicamente sólido, parece estar a menudo en relación proporcional inversa con el rédito filosófico que se puede obtener a través de su empleo. Esta impresión es inevitable, pero no debería conducir al desánimo. Intentar analizar de modo riguroso el pensamiento griego de la época arcaica no es un emprendimiento de interés meramente histórico, que podría dejarse de lado. Es una tarea que forma parte de lo que, en palabras de H. G. Gadamer, constituye un empeño por «comprender nuestro destino, que comenzó con la filosofía y la ciencia griegas»⁶.

La obra contiene una presentación y siete capítulos. La introducción y los capítulos III, VI y VII están a cargo de Álvaro Vallejo Campos, mientras que los capítulos I, II, V y VI están a cargo de Alejandro G. Vigo. Aunque se incluyen referencias a desarrollos contenidos en otras partes de la obra, cada capítulo está redactado como una unidad autocontenida, que puede ser leída por sí misma. Esto hace que pueda haber algunas repeticiones y también, llegado el caso, algunas diferencias de énfasis o incluso discrepancias en la interpretación de asuntos de detalle. Dado lo altamente conjetural y controvertido de muchas de las materias discutidas, no nos pareció razonable intentar unificar nuestras opiniones en todos los puntos, ni las diferencias estilísticas. Creemos, sin embargo, que, en líneas generales, las interpretaciones ofrecidas resultan convergentes y ofrecen una visión bastante coherente del período estudiado. Al igual que en la obra de 2017, hemos intentado en todo momento combinar el debido rigor, desde el punto de vista histórico-crítico, con la voluntad de claridad que debe animar a un libro de este tipo. En la exposición y la discusión de los diferentes autores y problemas hemos intentado mantener la mayor cercanía posible a las fuentes originales estudiadas, de las cuales hemos ofrecido también traducciones propias, ajustadas a la interpretación que se apoya en ellas. El aparato de notas es, por cierto, bastante más profuso que en el caso de la obra de 2017. Este recurso a notas más frecuentes y más extensas responde, como es obvio, a una necesidad que plantea la cosa misma, pero, a la vez, ayuda a descargar el texto principal y hacerlo más

6. Véase Gadamer (1993) p. 13.

legible. Hemos unificado el modo de citar y también las abreviaturas de las obras citadas de autores antiguos y las referencias bibliográficas, agrupadas en dos listas ubicadas al final de la obra.

Queremos agradecer muy sinceramente a Ediciones Universidad de Navarra (EUNSA), en la persona de Javier Balibrea, por su permanente apoyo a esta empresa y por su paciencia con nuestra demora en la finalización del original. Ha sido un trabajo prolongado y arduo. Pero confiamos en que, más allá de nuestras limitaciones, el resultado pueda mostrar que no hemos ahorrado esfuerzos para intentar cumplir a cabalidad con lo que en su día habíamos acordado.

AVC – AGV
Granada y Santiago de Chile,
marzo de 2026.